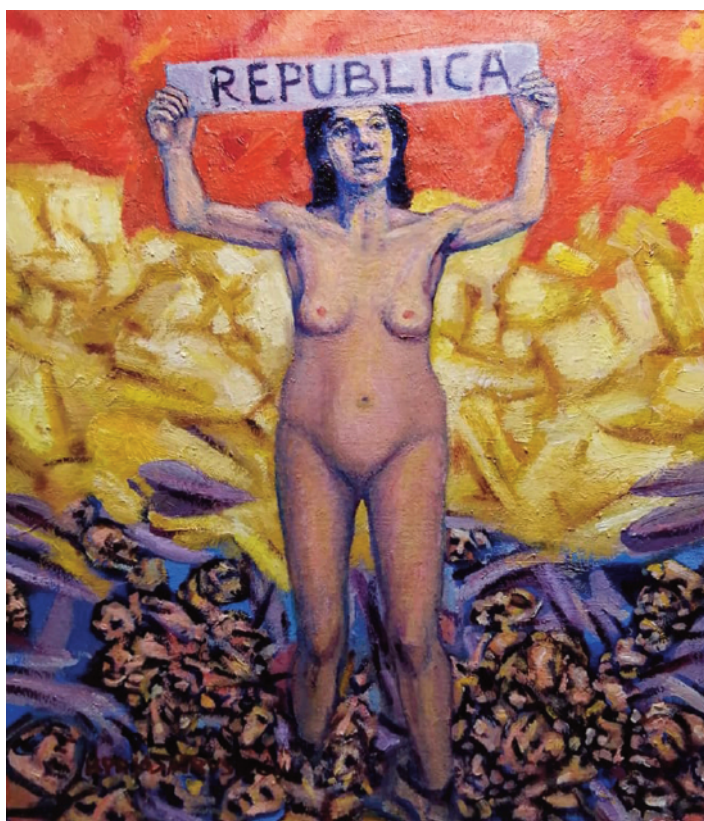


gritando, grupos y grupos, con un simbolismo difuso pero con cierta amargura como si se intuyese alguna catástrofe en el horizonte más o menos cercana, algún cataclismo, alguna pandemia, alguna nueva dictadura misteriosa o alguna amenaza. Como si Borja quisiera retratar al mundo todo, tanto uno por uno como en un conjunto que a veces, de tan numeroso, convierte el cuadro en un retrato global alucinado y alucinante.

Con su doble perfil, republicano y libertario, Borja Satrústegui sigue cabalgando.

EMILIO SOLA



Borja Satrústegui sigue cabalgando...

Pronto hará medio siglo que Borja Satrústegui y yo nos conocimos en Madrid, allá por la calle de la Libertad del último año del franquismo, cuando Borja por las noches llenaba las paredes del barrio que hoy llaman de Chueca, como la del entonces chaflán del mercado de San Antón, con pintadas con estarcidos con la palabra Libertad. Ya era entonces un personaje larguirucho y con barba de chivo rubia que conformaba una figura aquijotada característica que nunca le abandonó. Siempre se presentaba, y lo era, como un pintor anarquista, del sindicato CNT, y siempre andaba por allí entre cerveza y cerveza por La Vaquería de la calle Libertad, conspirando; en las paredes del bar, cuando los Guerrilleros de Cristo Rey lo destruyeron con una bomba, la madrugada del 8 de junio de 1975, había una exposición de un amigo de Borja, que él había planeado, Alberto Giménez, creo recordar, con viejas maletas de cuero como motivo dominante, que quedó seriamente dañada por la explosión. Lo mismo que las puertas destruidas del local que hubo que reponer y de las que Borja, junto con Cee-sepe, que entonces era mucho más joven, ni siquiera veinteañero, se encargaron de restaurar como artistas amigos y asiduos que eran del local. Borja pintó un panel central con una gran mancha blanqui-negra y agri-sada con un estallido rojo en el centro y con estarcido la leyenda "Madrugada del 8 de junio"; nada más, una madrugada global de un 8 de junio para recordar aquel estallido estúpido y simbólico, la absurda destrucción de un bar; eso sí, un bar de jóvenes inquietos y contestatarios que se convertiría en germen de otros miles de locales como él, bares de copas les dijeron luego, con buena música y en los que los principales protagonistas eran la gente misma que bebía, ligaba a destajo y conspiraba al mismo tiempo en una celebración permanente de los nuevos tiempos que se nos venían encima, sin duda gozosos y desmesurados. Esa Libertad que Borja no

cesaba de pintar por los muros del barrio, que daba nombre a la calle misma y que se presentaba ya como mito próximo al alcance de la mano de todos por igual tras la desaparición morbosamente demorada de un dictador enfermo terminal y gagá pero que quisieron que pudiera morir matando al sentenciar a muerte y ejecutar a media docena de jóvenes activistas impacientes. Signos de los tiempos, sueños de democracia lo llamaban también, ansias de una libertad que parecía al fin al alcance de la mano, pero que entre recortes y trucos de malabares se quedó en lo que se quedó, a lo más en libertad controlada o vigilada por las fuerzas de siempre, más o menos camufladas. Por entonces, Borja y yo éramos treintañeros.



Paneles de La Vaquería, reconstrucción de la fachada de 1975 para la exposición Poéticas de la Democracia - Imágenes y contraimágenes de la Transición, MNCARS Madrid, 2018-19

Entre vueltas y revueltas de acción y desencanto, juntos terminamos en el África magrebí durante unos cuantos meses, por los campamentos de refugiados saharauis del Frente Polisario; Borja quería quedarse por allí de guerrillero pero los mismos saharauis se negaron porque le decían que podían acusarles de tener mercenarios nórdicos, con su pinta, lo que hubiera sido un compromiso para ellos a nivel internacional; por ello, se limitó a pintarles un montón de cuadros para sus exposiciones propagandísticas, entre ellos un retrato de Sayed Mustafa el Uali –muerto exactamente la madrugada del 8 de junio de 1976, la madrugada de la bomba de la Vaquería de la calle Libertad, durante la retirada de Nouakchot– que circuló ampliamente por actos y mítines polisarios durante un tiempo; del Uali también preparamos una versión española de sus últimos textos y discursos que

publicamos en Madrid en la editorial La Banda de Moebius, recientemente reeditados por Gráficas Almeida. En Orán, durante este tiempo, Borja pintó muchos retratos de amigos y colegas del barrio donde vivíamos, el barrio de Tirigó (deformación local del nombre colonial de Victor Hugó), que deben de andar por las casas oranesas de hoy todavía decorando alguna de las habitaciones de sus familiares. Su taller magrebí, de viaje y de urgencia, eran nomás de media docena de pinceles de diversos tamaños y cuatro grandes tubos de pintura al óleo, uno blanco, otro rojo, otro amarillo y otro azul, creo recordar, con los que componía toda su gama de color de aquellas pinturas setenteras magrebíes. Era el final de los años setenta; yo seguí por África algún tiempo más y Borja terminó instalándose en el País Vasco. Allí nos vimos algunas veces, una de ellas memorable en su restaurante refugio de Portugalete, William Blake, pura magia frente a las chimeas de los altos hornos de la ría aún en acción, en donde oficiaba de pintor cocinero, pues de siempre sus dos cocinas, la cocina de comer y la cocina de pintar, habían sido cocinas maestras. Allí conocí, entre otros, a sus amigos músicos Andoni y Arantxa con quienes terminó en Granada, en este capítulo final de nuestra relación y amistad en el que nos encontramos ahora, tantos años después...

Y hoy, en Granada, en La Idea de la librería Bakakai, nos encontramos de nuevo, casi medio siglo después, Borja y yo, ya setentones avanzados pero con las mismas ganas de marcha libertaria de siempre. Y qué decir de su pintura sino que sigue estando llena de gente entrando y saliendo por cada esquina del cuadro, en ese caso ya masas enteras desfilando y en desplazamiento no se sabe muy bien por dónde, pasando por el aro, observando, alucinados o

